



VII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2005.

CATEGORÍA JUVENIL: Primer Premio
Relato premiado: “El peso del recuerdo”.
Autor / a: Irene Sánchez Hernández.
San Martín del Moncayo (Zaragoza).

EL PESO DE LOS RECUERDOS

No es necesario que mi hija me haga la pregunta. Ya van tres noches de insomnio y ginebra con kas limón a las cinco de la mañana. ¿Has sido infiel a tu marido? – mi otro yo me agrade una y otra vez con la misma pregunta – Yo observo con detenimiento cómo duerme plácidamente recostado, y casi sin querer regresan de nuevo las imágenes de toda una vida a su lado. Y me veo a mí misma otra vez con veintitantos, durante los años de noviazgo, bailando con él en la Zodiaco, el día que me pidió que me casara con él, nuestra primera hija, nuestra segunda hija, o el ramo de rosas de nuestro 25 aniversario : así es la vida, cariño, como una rosa con alguna que otra espina –me pareció volver a verlo pronunciando aquella frase que me dirigió al darme aquel ramo de flores, aquella era otra de sus tantas citas citables...

Desearía que no fuese domingo y que sólo faltase una hora para tener que ir a trabajar. Recorro mi casa, nuestra casa. Pasillo arriba, pasillo abajo hasta adentrarme en la habitación de mis hijas. Mis pequeñas Lara y Sofía. Miro a Lara y veo sus 17 años, sus ansias de vivir, su miedo a equivocarse. La ilusión de salir cada sábado con sombra azul en los ojos esperando que algún chico se percate del pequeño detalle y la sonroje diciéndole al oído que está muy guapa. Me veo a mí hace treinta años. En otra sociedad, en otro ambiente, pero con su misma ilusión de estar descubriendo el mundo poco a poco.

Hace más de un mes que Lara me vio en una cafetería, en mesa para dos tomando café con un hombre que no era mi marido. Tampoco era un primo o algún familiar lejano. Desde que aquello ocurrió, mi hija se ha comportado de manera extraña. Ha evitado mi mirada, ha rehuido el quedarse a solas conmigo. No soy quien para juzgar su modo de actuar. Yo en su lugar, probablemente habría actuado de manera similar, queriendo creer que aquel hombre con el que vio a su madre tomando café era algún compañero de trabajo con quien debatía cómo enfocar la próxima campaña publicitaria. En cierto modo, le agradezco que se haya comportado así, respondiéndome con monosílabos adormecidos o agachando la cabeza para no cruzarse con mi mirada. De otro modo, si hubiese venido hacia mí desafiante y con mirada agresiva a preguntarme si le he sido infiel a mi marido, no habría sabido qué responderle. Me habría sentido devorada por su pregunta. Tocada y hundida de una sola vez.

Cómo explicarle que el hombre con quien tomaba café era un amor de antaño. Un hombre al que hacía unos veinte años que no veía. Cómo voy a explicarle que mi corazón dio un vuelco cuando reconocí en su cuerpo regordete y de escaso atractivo la mirada seductora de un hombre por el que creí morir toda mi juventud. No lo entendería. No entendería por qué tras una larga conversación acerca del rumbo que han tomado nuestras vidas en la cafetería de la esquina, me sorprendí a mí misma en casa rebuscando con ansiedad en los cajones con la intención de encontrar fotos y cartas de amor de otro tiempo que trajesen a mi memoria recuerdos de una época que parece otra vida.

Cómo voy a explicarte, querida Lara, que hay vivencias que se quedan grabadas en nuestra mente. Personas a las que retenemos por siempre en el cajón de la memoria sin saber bien por qué.

La verdad es que ni nos besamos ni nos acostamos, esa es la verdad. Ni hace veinte años ni hace un mes.

El primer día, tras charlar ininterrumpidamente en la calle acerca de temas peculiares y poco significativos, insistió en invitarme a un café. Supongo que me dejé llevar por la emoción del momento y no titubeé. Accedí encantada. Al final resultaron ser tres cafés y el susto de comprobar al mirar el reloj que se nos habían hecho las once de la noche. – Lo siento, tengo que irme –

Quedamos en vernos el jueves siguiente en la misma cafetería. Charlamos y reímos hasta que volvieron a ser las once. – Supongo que ahora entiendes lo de mis cursos de francés de seis a diez de la noche los jueves- Ese día quisimos regodearnos en recuerdos del pasado, en las viejas

emociones que ya casi habíamos olvidado : mis blusas hippies de seda, sus jerséis de rombos,...

Quisimos recordar aquello que un día fuimos, aquello que un día sentimos...Hablamos sobre música y los programas musicales de aquellos tiempos : “Pasaporte a Dublín”, “La juventud baila”, “Escala en hi – fi”,...Recordamos a Ángel Álvarez, su sonido nocturno en la radio, su peculiar y agradable voz. Le confesé que aún guardaba el disco de vinilo de Mari Trini que me regaló y algunas letras de las canciones de Victor Jara que me escribía.

Recordamos también el día en que nos conocimos. Cómo llegó a casa de tus abuelos empapado en sudor con tus tíos tras haber jugado un acalorado partido de fútbol en el viejo polideportivo contra los de Lituénigo. Se quedó a cenar en casa y luego todos juntos rezamos el rosario como solíamos hacer. Tu abuelo me mandó fregar a mí, como siempre. - Ya sabes que en aquellos tiempos era inaudito que un hombre realizase las tareas del hogar -. Nunca antes me había puesto tan nerviosa al tener que fregar delante de nadie, pero aquel día debí romper al menos tres o cuatro vasos. ¿ Qué por qué? Supongo que de emoción. Supongo que me había enamorado. Antes el amor se vivía de otra manera, Lara. Antes nuestra mayor ilusión era bailar “la yenka” en el baile del pueblo teniendo al lado a algún chico. Ahora las cosas han cambiado, y no hace falta que tú me lo digas. La mayoría de las jovencitas de ahora salen cada fin de semana desesperadas en busca de amores efímeros, pasajeros – aquello del “Fast love” – sin ese cosquilleo en la tripa cuando el chico en cuestión te mira. Antes cuando nos gustaba un chico, no nos atrevíamos casi ni a cogerlo de la mano, y si alguno nos daba un beso en la mejilla, nosotras,

ingenuas de la vida, no nos lavábamos la cara en seis días. Ahora se llevan los “amores desechables”, el “usar y tirar”. Ya me perdonarás hija, que me desvíe del tema.

Ismael siguió viniendo a menudo a casa de los abuelos porque era gran amigo de tus tíos. Aún puedo recordar cómo me latía el corazón cuando oía el sonido del motor de su moto anunciando su llegada, o las lágrimas que derramé entusiasmada cuando todavía sin haberlas abierto, sostenía sus cartas en mi mano, aturdida de emoción.

El jueves pasado quedamos en llevar a la cafetería cartas y fotos, recuerdos de juventud. Nos divertimos mucho recordando anécdotas. Ya sabes que yo estudié hasta los dieciocho en el internado. Como las monjas nos confiscaban el correo con remite masculino, él solía escribirme con seudónimo : “Cecilia Suils”. Nunca he podido olvidar ese nombre. Ya ves las estupideces que hacíamos antes por amor. Pero al menos aquello era bonito, no el “aquí te pillo, aquí te mato de ahora”.

Supongo que te preguntarás qué fue lo que ocurrió para que lo nuestro acabase. Pues pasó que fui una ingenua. Una ingenua influenciada por las ideas de aquel caciquil internado de monjas y la poca apertura de mente de tu abuela : “ No te fíes del primero que pase, que los hombres ya se sabe cómo son” “ Una vez que consiga lo que quiera de ti, si te he visto no me acuerdo” – solía repetirme una y otra vez frente a la estufa de leña que nos calentaba durante el frío invierno.

Recuerdo que un día perdí mi zapato topolino y se ofreció a llevarme a corderetas hasta la puerta de mi casa. Yo me sentía como la Cenicienta claro que, rodeada de un ambiente mucho más rural. Al llegar al rellano hizo un

amago de besarme pero yo le retiré la cara. Ya te he dicho que yo era demasiado incauta, y además tu abuelo vigilaba concentrado desde la ventana. Unos años después Ismael se fue a Italia en busca de empleo. Yo le dije que le esperaría siempre, pero siempre resultó ser mucho tiempo. El resto de la historia ya la sabes. Conocí a tu padre, me volví a enamorar y después llegasteis vosotras, fruto de nuestro amor. No había vuelto a saber nada más de él hasta el mes pasado. Ya ves tú como es la vida. Un día vas caminando tranquilamente por la Gran Vía y de repente vuelves a cruzarte de bruces con tu adolescencia. Te tomas un café, dos y para cuando te das cuenta crees tener diecisiete otra vez. Pero no ha ocurrido nada entre nosotros. Cuando acercó su mano para agarrar la mía mientras mirábamos fotos el otro día, en vez de mirar su mano, quedé como absorta mirando la mía, examinando detenidamente aquel anillo de casada que un día tu padre colocó en mi dedo anular. Y entonces comprendí que ni yo soy la niña esbelta y hippie de la que él se enamoró ni él es el príncipe azul que me conquistó a los diecisiete. Lo nuestro fue una vivencia. Una foto más en el álbum de la vida que le permite recordar a uno lo que un día fue. Pero es sólo una capa más en la piel de la memoria. Lo nuestro ya tuvo su momento de gloria. Ahora mi vida sois vosotras y vuestro padre. Él es quien sabe el lugar que ocupa cada lunar de mi espalda. Él es quien ha soportado mis días de mal genio injustificado durante veinticinco años y los ronquidos nocturnos. Él es el padre de mis hijas, mi príncipe azul, quien sabe reconocer a distancia cada uno de mis gestos y miradas. Y aunque el primer amor nunca se olvida, el amor de mi vida ha sido y será siempre tu padre.

FIN